



XXVIII

Consulta Gratis.

CUANDO el curandero del rancho, ó las comadres del villorrio, han agotado desde la coción de vino tinto, *cimarubia*, guásimo, cuerno de ciervo, azafrán de Marte hasta el *baño de asiento* de agua cocida con corteza del *jobo*, del nanche juntamente con hierbas de malva, vienen á la botica del pueblo á ver á un médico en la hora de la consulta gratis.

Si el rancho está allá lejos, conducen al enfermo en canoa; si menos distante, en cabalgadura; y si muy cerca, á pie lo trae cargado el padre ó el hermano, con una solicitud de San Cristóbal campestre, sin hacer jornadas, de una sola marcha, blandamente, como si fuera un cómodo vehículo que la naturaleza ofreciera al casi moribundo niño, que viene envuelto en larga sábana, tan impedido de movimientos y tan liado de lienzo que parece una momia egipcia, si no el santo milagroso que el sacristán de un pueblo trae á otro

para ofrecerle festividad religiosa, y en ella pedirle lluvia en abundancia á modo de que se levante buena y rica la cosecha; pues la tierra está seca y sedienta, el sol hecho una ascua y el cielo sin viso de nubes en toda la limpidez del horizonte.

Llega el rancharo al pueblo con la cuidada carga, y toma camino derecho á la botica; no es hora de consulta; el médico anda en las imprescindibles visitas de la mañana, que es andar los pasos perdidos; padre y enfermo necesariamente tienen que tomar asiento y esperar los siete esperares. ¿Pero quién en el duro banco de la farmacia en tales casos no espera?

El boticario machaca en el almirez los ingredientes de una receta; el mancebo de botica despacha á los marchantes. . . .

—¿Hay porquería de lagarto?

—¡No hay!

—Hay tripas de ¿demoño? ¡no! de ¿qué? ¡ah! de Judas!

—¡Tampoco!

—¿Hay aceite de alacrán?

—¡No, no hay!

—¡Baramba, aquí no hay *náa*!—Y la compradora da media vuelta y se marcha.

—¡Cuartilla de *azucara candia*!

—¡No se da por cuartilla!

—¡*Pué* medio!

—¿La *ñapa*?

—¡No se da *ñapa* por medio!

—Oiga osté, doctor, ¿qué será *güeno pá* un insulto?

—¡Una bofetada!

—¡No sea osté guasón, hablo de un *retorcijón* de tripas!

—¡Pues una purga!

—¿De qué?

—De polvos de Sedlitz.

—¡Echeme dos centavos.

—¡Se acabaron!

—¡Un *rial de opo* del *doj*, pero que sea *deldoj*!

—¡Un tapón *pá ejta* botella!

Se escucha el sonar de las monedas sobre el mostrador, siguiendo el compás de los acordes de una danza que silba un granujilla mientras espera le despachen medio de agua sedativa; el roce de la mano del mortero contra la losa del recipiente; las carreras de los mancebos que se apresuran por atender al despacho; el entrar y salir de marchantes con vasos y botellas, unos para las pócimas, otras para las friegas; ya el farmacéutico con la espátula despega del fondo del almirez la pasta verdusca manipulada y la deposita en el pildorario para formar bolitas dosimétricas; entre tanto, uno de los dependientes (mozalbetes en su mayor número), copia en el recetario el recipe recientemente despachado, poniéndole la fecha y el número de orden con timbres selladores que á ese objeto se destinan; la caja que contiene las pildoras pasa al propio dependiente, quien le pone rótulo y el número correlativo de la receta; y después siguen unas cucharadas según reza la receta del que espera y viene en turno; aumenta el despacho; por aquí éste poniendo una retapa; por ahí ese pegando un marbete, por allá aquel hojeando la Farmacopea para buscar la sinonimia de un tópico; afuera el viandante rancharo apersoga su caballo de uno de los pilares del corredor y entra á la botica rodando las espuelas, enlodados los duros zapatos de vaqueta, sucias las corvas por el sudor de la cabalgadura y el barro del lodazal; descarga de las cantinas y descuelga de la cabeza y de la teja de la silla tenates repletos de frascos y botellas de varios tamaños y de diversas formas, tenates que pone en el suelo mientras hurga en un montón de papeles buscando los de los encargos de las *medecinas* que de cada rancho por donde hubo pasado le dieron los vecinos; y no es muy larga la tarea de rebuscar porque á falta de saber leer tiene el rancharo buena y cierta vista, y tan feliz como envidiable memoria. Por el color y por la forma en que están doblados los papeles, los distingue indefectiblemente: este azul es del hijo del barbero, aquel doblado á lo largo, de la partera; ese de las rayas cua-

dranguarles, del *maistro*; ninguno confunde, todos conoce de una ojeada; á medida que va sacando del montón los da al farmacéutico, el cual lee en voz alta lo que á la letra dice:

«Medio de sal de carbas para las rabias».

Como esto no necesita de frasco, da el ranchero los seis centavos y toma el envoltorio que coloca dentro de uno de los tenates.

«Un rrial de pomada mercurial». Para esta saca una taza desbordillada.

«Medio de flor de vordo lo vo, medio voraga, y de sevada tre sentavo. 25 sentavo jarabe ticaguana; una purga de aseite de parma crista con jarave; 25 sentavo aseite almendra.» Para los jarabes extrae del repleto tenate frascos de distintas facturas; para los aceites dos redomitas iguales en forma, pero diferentes en tamaños: siguen los pedidos en número de ocho; el último, dice:

«sinco de aga serativa

medio manesia carcinada, medio de sal digera, cuartilla de polbo de ribarbo».....

—Ya me iba yo á dir y me se olvidaba *ejte*— dice el de los encargos extendiendo al ya atufado boticario un último papel puesto en siete dobleces para diferenciarlo de los demás.

Siguiendo el uso antes indicado, lee en voz alta el farmacéutico:

«Este enfermo tubo un dolor de cabesa y to mo la pildora del grano de sal y se sintio con un calor mu grande por dentro y por juera y ase diposiciones negras i berdes y quando boltea paraariba es una flema lo mismo con betas negras i berdes».

—Pero este es todo un diagnóstico—exclama con sorna el boticario.

—El *demoño* sepa si é *diójtico* ó *gómilo*, eso me lo dió el hijo del amo del *jato* del Zapote que tiene á su cria mala, con mucha *obradera*; despache *osté* y diga lo que é *pá ansi-na* pagarle lo *juto*.

—Allá el doctor que no tarda en venir!

El comprador de encargos medicinales mete en el tenate, que hace de frasquera, todos aquellos pomos, botellas y redomas tapados con corchos de diversos tamaños, se sienta en una silla, á la sazón desocupada, y coloca los tenates á sus pies, tomando una actitud cómoda, con la resuelta intención de esperar al médico hasta que venga; aumenta el número de pacientes ¡y tanto! que están diez en la misma espera; el galeno solicitado no llega; dos ó tres que van al mismo asunto han cabeceado un sueño, otros hostezan, y no pocos



se impacientan; pero el hombre que trajo á cuestas al mu-chacho ensabanado, sólo mira de vez en cuando el rostro ca-

davérico de su hijo como inquiriendo con una intensa mirada el estado del enfermo: y también espera, sin desesperarse, pacientemente, casi heróico, con fe de solitario de la Tebaida, la tan comentada consulta del médico.

Como á las dos horas de este tan largo esperar, se presenta el médico, sudoroso, cansado, como que viene de una larga jornada por calles y barrios por donde tiene numerosa clientela; tras él aparecen tres ó cuatro individuos que le han seguido la pista en busca de la consulta diaria; los ojos tristes del ranchero se alegran, el médico fija la vista escudriñando en el moribundo niño; instintivamente extiende la mano para tomarle el pulso; pero manos y brazos están fuertemente ocultos tras los ceñidos pliegues de la sábana; entonces le ausculta el corazón y le percute el vientre.

—¿Qué tiene?—pregunta inquiriente el galeno.

—Calentura.

—¿Eso nada más ha tenido?

—Sí, *senor*.

—¿Desde cuándo tiene calentura?

—Va *pa* *dó* semana.

—¿Y no le han curado?

—De curarlo diré á *osté*, sí: la tía Nicasia le dió un bebida de *granáa* agria. . . *pué* el niño, con perdón de tan *güena* persona, *jacia* *laj* *diposiciones* con sangre, poquita, sí, *senor*, poquita; *má* *depué*, le subió *muncho* *juego* á la cabeza, y dió *güeltas* y *güeltas* con *escalofrio*; y el dolorcito de cabeza *non* se le rendía, ni *atrá* se le *estancaba* la sangre; *entonce* si que se azoró su *mama* y se *jué* *en cá* el *mayoral* que tiene *medecinas* y es *mú* *acertao* y *mú* *entendio*, sin ofender á tan *güena* persona; *tóo* *jué* que viera la porquería, con perdón de *osté* y *despensando* la malacrianza, *pa* que dijera: *disentéria*! Las viejas que por su *lao* *embijaron* al muchacho de *arcal* con aceite *pa* el dolor de cabeza y de *enjundia* de gallina *pa* lo *aventao* de la barriga, se pusieron *bravas* por la *llamáa* del *mayoral*. . . . ¡y á mí qué! *unque* solo tengo mi *sente* trabajo, no me falta un *rial* *pa* pagar al *dotor* y mercar *medecinas*!

—Bueno, bueno, ¿pero que le daban de comer al niño?

—*Apenita* caldo. . . . de pollo, *naamá*!

—¿Eso únicamente?

—Sí, *senor*!

—Mira, dí la verdad para poder recetar (esta gente, por ignorancia, por malicia y por recelo ocultan las ocasionales de las enfermedades); porque si no se te va á morir el muchacho!

—Ah. . . . *apenita* comió una piernita de pollo. . . . *naamá*!

—No es posible que con tan sano alimento esté tan postado. . . . míralo: ni boca ni ojos abre!

—Yo no quería. . . . su *mama* *jué*, sí, ella le dió un vaso de leche de la vaca barrosa de mi compadre Liborio y un *plántano ansina* de *grandote*!—y enfrentó el índice de cada mano dejando un espacio de medio metro. . . .

—¿Y todo se lo comió?

—*Tóo*, *tóo*; y *dende entonce* se quedó *mu* *reposao*. panza *pa* *arriba*; ¡vaya! *pior* *ejtaba* con la *medecina* *mandáa* por el *mayoral*. . . . pero cate *osté* que *gomitó* la leche en trozos, y el *plántano* se me *afigura* que se le pegó al espinazo y está *empacháo*. . . .

—A ver, ponlo en pie!

—No *pué*, no tiene aliento de *náa*. . . . ¡uy! ya le viene el *pujio*, *dotor* *ajora* sí que *ejtá* malito. . . .

Efectivamente, al enfermo le comenzaron tenesmos con dolorosa intensidad; el médico recetó un paliativo para aquel niño que duraría poco, dió la receta al ranchero, no sin explicarle la manera de aplicarla, y siguió con los otros *pa* concluir la consulta gratis de aquel día de tantos.

